



Pensar el pensar. Los análisis metateóricos como necesidad del campo de la Comunicación.

José Raúl Gallego Ramos

josralgallego@gmail.com

Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guadalajara

Resumen

El presente trabajo plantea la necesidad de los análisis metateóricos para el campo de la Comunicación y sugiere puntos de partida para llevarlos a cabo. Para ello se ilustra la carencia de práctica metateórica en el campo y se discuten condiciones estructurales del mismo que contribuyen a esta situación; se hace un recorrido por los diferentes usos y acepciones del término metateoría con el objetivo de sortear la ambigüedad y polisemia que lo acompaña y definirlo en función de sus características fundamentales y algunos elementos claves de acuerdo con la orientación que requiere para el campo de la Comunicación. Por último se clasifican los tipos de metateorización y se sugiere una idea inicial para su operacionalización a partir de cuatro niveles jerárquicos e interdependientes (ontológico, axiológico, epistemológico y metodológico) en los cuales se agrupan tipos de ideas presentes en cualquier formulación teórica.

Palabras Clave: *Metateoría, campo de la Comunicación, investigación en Comunicación, Reflexividad.*

Abstract

The purpose of this paper is to stress the need of a metatheoretical analysis in the Communication field and it also suggests some starting points demonstrating how to accomplish them. It starts by showing the lack of a metatheoretical practice in the field and it offers a debate regarding the structural conditions that contributed to this situation. It then makes a tour to the different uses and meanings of the term





metatheory with the objective to define it in terms of its fundamental characteristics and the guidance required for the communication field.

Finally, it presents a classification of the metatheoretical types and it suggests an initial idea for its operationalization, starting from four hierarchical and interdependent levels (ontological, axiological, epistemological and methodological) that clustered different kind of ideas present in every theoretical formulation.

Key words: *Metatheory, Communication Field, Communication Research, Reflexivity.*





Pensar el pensar. Los análisis metateóricos como necesidad del campo de la Comunicación.

José Raúl Gallego Ramos

josralgallego@gmail.com

Introducción

Hasta el año 2003, como parte de los esfuerzos por enmarcar el campo de estudio de la comunicación, el Grupo Hacia una Comunicología Posible (GUCOM) liderado por el Dr. Jesús Galindo concibió cuatro dimensiones desde las cuales se podía percibir y entender el espacio conceptual sobre la comunicación: expresión, difusión, interacción y estructuración ([Galindo, 2003](#)). Sin embargo, en el año 2004 se agrega una quinta: la observación, como una dimensión de segundo orden que “propone la relación entre lo observado en un primer orden y el efecto de esa observación en el observador y en lo observado, y el efecto del observador sobre lo observado en su acto de observación” ([Galindo, 2009, p. s.p.](#)). Es decir, que se incluye la meta-reflexión como una dimensión no solo necesaria y posible, sino imprescindible para la legitimación, maduración y reproducción del campo comunicológico.

Que esta dimensión haya llegado rezagada con respecto a las otras cuatro de primer orden es un reflejo de dos características del propio campo: la primacía de lo práctico y la carencia de trabajo epistemológico. Si se analizan las teorías y objetos de estudio del campo de la comunicación se observa que, aunque en niveles desiguales, los múltiples elementos que intervienen en el proceso comunicativo han constituido focos de atención, sin embargo, uno de los principales vacíos –sino el principal- ha sido precisamente la reflexión no ya sobre el fenómeno en sí mismo, sino sobre el discurso y la reflexión que se produce sobre el fenómeno, o sea, la teoría y la práctica investigativa.





Esto no quiere decir que no existan actitudes críticas hacia las teorías y enunciados teóricos que se generan dentro de o se exportan al campo, sino que muchas veces los señalamientos parten de negaciones entre posturas cerradas al diálogo empeñadas en marcar lealtades disciplinares e institucionales ([Donsbach, 2006](#); [Peters, 1986](#)) o en el mejor de los casos de la identificación de carencias y estrecheces a la hora de concebir el fenómeno y sus relaciones con el entorno; pero pocas veces se realiza un análisis de tipo metateórico, que tenga en cuenta los posicionamientos ontológicos, axiológicos, epistemológicos y metodológicos que se encuentran implícitos en la teoría en cuestión, estructurándola, condicionándola y presuponiéndola.

De allí que el objetivo del presente trabajo es recalcar la necesidad de estos análisis de segundo orden para el campo de la Comunicación y sugerir puntos de partida para llevarlos a cabo. Para ello se inicia ilustrando la carencia de práctica metateórica en el campo y se discuten condiciones estructurales del mismo que contribuyen a esta situación. Luego se hace un recorrido por los diferentes usos y acepciones del término metateoría con el objetivo de sortear la ambigüedad y polisemia que lo acompaña y definirlo en función de sus características fundamentales y algunos elementos claves de acuerdo con la orientación que requiere para el campo de la Comunicación. Por último se clasifican los tipos de metateorización y se sugiere una idea inicial para su operacionalización a partir de cuatro niveles jerárquicos e interdependientes en los cuales se agrupan tipos de ideas presentes en cualquier formulación teórica.

1. Adentramientos en el campo de la comunicación

Cuando se intenta describir la situación actual del campo de la comunicación es inevitable sentirse presa de una sensación de caos, semejante a encontrarse en el interior de un laberinto con cientos de rutas, pero sin saber por dónde empezar a buscar la salida. Dicha sensación no es más que el reflejo de la verdadera situación epistemológica que reina desde hace varias décadas –o tal vez desde siempre- en el campo de la comunicación.





Podría decirse que fue a mediados de los años ochenta cuando al interior del campo – y no desde afuera- comenzó a cuajar una preocupación real y extendida, aunque limitada a ciertos círculos, respecto a la situación en que se encontraban los estudios de comunicación. Fue por esta época que empezaron a aparecer un grupo de diagnósticos bastante severos que ponían el dedo en las llagas que por décadas ha padecido el campo comunicológico.

Es en este contexto cuando la prestigiosa revista *Journal of Communication* convocó a un grupo importante de investigadores a colaborar en su número especial *Ferment in the Field* (1983, Vol. 33, No. 3), empeño que retomó diez años más tarde (1993, Vol. 43, Nos. 3 y 4) incitando a una nueva mirada sobre el futuro del campo.

Aunque como era de esperar no se llegó a consensos sobre la situación del campo, entre las principales conclusiones que pueden extraerse de aquellos debates se encuentran varias de las problemáticas centrales que atraviesan al campo de la Comunicación y que aún hoy mantienen plena vigencia. Entre ellas pueden destacarse las debilidades epistemológicas del campo, la subordinación de los intereses académicos a los institucionales, el predominio hegemónico de la investigación gestada en los Estados Unidos y Europa, el carácter instrumental de las investigaciones por encima de su significación social, las consecuencias negativas de la reproducción acrítica del paradigma dominante de investigación, el alto grado de fragmentación del campo y otras que apuntaban a la ausencia de una práctica sistemática de la reflexividad al interior del mismo.

Dos décadas después del último de estos diagnósticos, esta situación lejos de mejorar ha continuado complejizándose. Según Carlos Vidales (2013, p. 13) “la comunicación es fundamentalmente un fenómeno natural” y de allí parte su capacidad para abarcar los más diversos dominios, lo cual ha desembocado no solo en la polisemia, ambigüedad y ubicuidad que acompaña al término sino también en la confluencia de múltiples





disciplinas para el abordaje de un(os) objeto(s) de estudio(s) que aún continúa siendo motivo de debates ([Martino, 2001](#)).

Por otra parte, en la medida en que ha ido creciendo la conciencia –y la evidencia- de que la comunicación constituye un escenario de lucha y conquista del poder simbólico y real ([Castells, 2009](#)), se han hecho aún más abigarrados sus nexos con los poderes políticos, económicos e institucionales ([Barbero, 2009](#); [Donsbach, 2006](#); [Vassallo, 1999](#)) lo cual ha contribuido aún más a las polarizaciones ideológicas, el crecimiento fragmentado del campo y la primacía de la lealtad institucional por encima del interés social o académico ([Otero, 2010](#); [Peters, 1986](#)).

Sumado a lo anterior está el contexto de primacía del campo profesional sobre el investigativo, a lo cual Roberto Follari ([2005](#)) denomina “las especificidades epistemológicas del campo de la comunicación”. De la combinación de ambos se generan muchas de las insuficiencias en los niveles ontológico, axiológico, epistemológico y metodológico que desde hace tres décadas fueron señalados a la investigación en comunicación y que aún persisten.

Basta volver a términos como “pobreza intelectual” ([Peters, 1986](#)), erosión epistemológica ([Donsbach, 2006](#)) o relativismo teórico ([Vidales, 2013](#)) todos ellos utilizados para caracterizar la situación del campo de la comunicación y la ausencia de una reflexión fructífera –y traducible en acciones- al interior del mismo sobre las maneras de abordar sus objetos de estudio.

Al respecto el autor del último de los términos citados ha dicho de manera clara: “Los estudios de la comunicación y la investigación de la comunicación voltean constantemente a ver la realidad social en busca de objetos de estudio, pero rara vez voltean a ver sus propios procesos de producción de conocimiento, sus marcos epistemológicos, los supuestos ontológicos sobre la comunicación que se encuentran en la base de su práctica de investigación, los efectos que la elección de sus métodos de recolección de datos tienen en sus objetos de estudio, los efectos que los propios



investigadores, como observadores tienen sobre la realidad social que estudian.”
[\(Vidales, 2013, pp. 30-31\)](#)

A pesar de la internacionalización de los estudios sobre comunicación, su proliferación cuantitativa y cualitativa en diversas regiones del mundo y el aumento de la identidad propia en algunas áreas de la producción académica, aún continúa la “dependencia excesiva de los conceptos y prácticas de Estados Unidos y Europa” [\(Craig, 2008, p. 678\)](#) y el predominio numérico y de visibilidad de la investigación gestada en estos polos [\(Carrasco & Saperas, 2014, p. 1716\)](#), con todo lo que implica en términos axiológicos y teleológicos esta exportación, habitualmente acrítica, de categorías e instrumentos creados en contextos políticos, culturales, ideológicos e institucionales, por lo general bastante diferentes a aquellos a los que se quieren transportar.

Todo lo anterior refleja la ausencia de una reflexión metateórica, de un análisis de segundo orden cuyo objeto de estudio no sea comunicación en sí misma, sino la manera en que esta se estudia y que permita sacar a flote, iluminar, explicitar, aquellas condiciones, posicionamientos, asunciones que dan forma, limitan, influyen o estimulan una mera específica de entenderla. Lamentablemente, como señala el profesor español Miguel de Moragas [\(2010\)](#), en el campo de la comunicación la multiplicación de los problemas ha seguido un ritmo superior a la capacidad académica para afrontar ordenadamente su interpretación y contextualización.

Aunque cada día este tipo de señalamientos se vienen haciendo más recurrentes y sólidos [\(Carey, 2009; Fuentes Navarro, 1995; Galindo, 2008\)](#), también es preciso anotar que se han ido convirtiendo en una especie de lugar retórico común que todo el mundo evoca, pero que pocos afrontan. Por suerte, varios de los críticos más agudos de estos problemas, han sido de los más comprometidos con su estudio y en el intento de buscar soluciones.

No obstante, aún hoy no puede decirse que exista un cambio no ya radical, sino al menos parcial, en esta situación. Por tanto, el desarrollo de análisis metateóricos que





permitan realizar un análisis de segundo orden a los cuerpos teóricos con los que se intenta analizar los fenómenos comunicativos es una necesidad impostergable que no solo es pertinente para el marco del campo comunicológico, sino que puede extenderse incluso a otras áreas de las Ciencias Sociales en las cuales imperan situaciones bastante similares ([Wallerstein, 2004](#)).

2. La metateoría como análisis de segundo orden

En su afán y necesidad por conocer, el ser humano especula, intuye, conecta, deduce, relaciona, lanza redes “para apresar aquello que llamamos «el mundo»: para racionalizarlo, explicarlo y dominarlo” ([Popper, 1980, p. 57](#)). Pero como todo producto social, estos constructos intelectuales responden a las condiciones concretas (económicas, históricas, culturales, sociales, institucionales) en que son gestados y de quienes los formulan, de allí su carácter provisional y que en el caso específico de las Ciencias Sociales se hace aún más evidente debido a que el sujeto investigador es parte del objeto de estudio y que el objeto investigado se convierte en destinatario y consumidor de los resultados de investigación, lo cual como señala Emilio Lamo de Espinosa ([2003, pp. 30-33](#)), puede introducir un bucle reflexivo, convirtiendo dichas teorías en mapas cognitivos utilizados por las personas para generar estrategias, incidiendo directamente sobre la realidad que describe y predice.

Así, cuando el saber teórico empezó a mostrar que también tenía ataduras y fuentes de distorsión (de carácter lógico y sociales), cuando la sobreproducción teórica junto a la existencia de explicaciones contrapuestas respecto a un mismo fenómeno demostró la necesidad de estudiar a fondo su conformación, y cuando el dominio prometido por la ciencia empezó a volverse contra el propio hombre; se hizo necesario que la teoría dejara de ser resultado de estudio para convertirse en objeto de estudio, es decir, producir un saber posterior, capaz de sacar a la luz las relaciones ocultas entre realidad, conocimiento, condiciones de producción e ideología, lo cual dio lugar a la llamada teoría de segundo orden o metateoría.





Ya desde mediados del siglo XVIII Immanuel Kant en su *Crítica de la Razón Pura* proponía la fundación de una filosofía trascendental que se ocupara “no tanto de los objetos, sino de nuestro modo de conocerlos” (Kant, 2005, p. 39), sin embargo, no es hasta el siglo XX cuando empieza a reconocerse en algunas ciencias –matemática, lingüística, historia, epistemología, lógica- la emergencia de proyectos metateóricos (Pignuoli, 2013; Rendón & Hernández, 2010), y aún hoy día existen autores que no reconocen la existencia de metateorías consolidadas en las Ciencias Sociales (Bunge, 1999, p. 182), mientras que otros (Pignuoli, 2013) reservan ese estatus a los trabajos realizados por el norteamericano George Ritzer en el campo de la Sociología.

Esta reticencia al reconocimiento de la metateoría como ciencia también tiene consecuencias en su aplicación práctica. Por una parte se debe a la juventud de las Ciencias Sociales modernas y por ende, al aún más novel surgimiento de la capacidad reflexiva dentro de las mismas. Por otra parte no puede dejar de desconocerse las contradicciones y ambigüedades a la hora definir el término y el estigma peyorativo que lo ha acompañado incluso en importantes círculos académicos.

Para justipreciar la importancia de los análisis metateóricos para el campo comunicológico, debería comenzarse por definir qué es metateoría y cuál es su objeto de estudio. En un minucioso análisis el Dr. Steven E. Wallis (2010), de la Foundation for the Advancement of Social Theory, rastreó más de veinte conceptualizaciones de metateoría; caracterizadas todas por la sumatoria de elementos considerados importantes más que por la asociación relacional de los mismos; y también por la existencia de múltiples discrepancias en torno a aspectos fundamentales.

Según este académico norteamericano existen dos enfoques predominantes sobre la metateoría, uno integrativo (combinación de múltiples teorías) y otro deconstructivo (descomposición de las teorías para su análisis o recomposición), ambos con puntos en común, semejantes niveles de utilidad pero diferentes orientaciones. No obstante, más de la mitad de los autores analizados, indistintamente del enfoque al que se afiliaban,



coincidían en que la metateoría se centra en el análisis de teorías, y en menor medida también existía concordancia en el hecho de que perseguía la explicitación de los elementos implícitos, es decir, de las estructuras subyacentes a la teoría. Una revisión colateral realizada para esta investigación ([Ahumada, 2010](#); [Bunge, 1999](#); [Gómez, 2008](#); [Pignuoli, 2013](#); [Rendón & Hernández, 2010](#); [Rosental & Iudin, 1981](#); [Tennis, 2008](#); [Toledo-Nickels, 2008](#)) también arrojó coincidencia en cuanto a estos elementos, lo cual reitera la existencia de un cierto consenso al respecto.

En cuanto a aquellos elementos sobre los que existen mayores discrepancias a la hora de definir qué es metateoría, es conveniente realizar algunas puntualizaciones que considero importante tener en cuenta para arribar a una conceptualización operacional del término. En primer lugar metateoría da pie a dos significaciones: “Una de las acepciones es como disciplina que se encarga de estudiar las propiedades de la teoría científica; la otra es como teoría cuyo objeto de estudio es teoría.” ([Martín-Lahera, 2004, p. 56](#)) Aunque distintas, no son excluyentes entre sí sino que dan cuenta de dos fenómenos diferentes pero íntimamente interrelacionados: uno puntual [la teorización sobre una(s) teoría(s) específica(s)] y otro general (la estructuración de un área disciplinar especializada en el estudio de las teorías).

Por otro lado creo necesario reflexionar acerca de un aspecto que por sencillo tiende a pasarse por alto y es precisamente el carácter puramente teórico de la metateoría, lo cual es asumido por gran parte de los autores que han incursionado en el campo (p.e. [Bunge, 1999](#); [Ritzer, 1997](#)). Aunque es cierto que la metateoría es básicamente una reflexión, una teorización sobre otra u otras teorías y que los datos que emplea son extraídos fundamentalmente de los cuerpos teóricos estudiados ([Wallis, 2010](#)), cabría preguntarse si al igual que la elaboración teórica necesita entrar en contacto con la realidad para fundamentar y corroborar los hechos que analiza, no sería lícito que la reflexión metateórica conlleve también implicaciones prácticas para comprobar las teorías que genera sobre las teorías que estudia. Por ejemplo, cuánto ayudaría al





estudio de los factores sociohistóricos que condicionan una teoría, la aplicación de instrumentos de investigación que permitan levantar información al respecto: dígase investigación etnográfica de los contextos en que se produce la teoría, entrevistas a los autores en los casos que sea posible, investigación historiográfica y otros. Por otra parte, el análisis crítico de aspectos relacionados con el proceder metodológico y el posicionamiento ante el objeto de estudio, por ejemplo, sería mucho más completo y fiable, si está precedido por una práctica investigativa que permita identificar las debilidades existentes y aun así, este proceder práctico tiene como objetivo principal el estudio de la propia teoría, y no del hecho en sí, que se convierte en un medio para alcanzar un fin.

En este punto coincido totalmente con el profesor chileno Ulises Toledo-Nickels ([2008, p. 205](#)) cuando afirma que “la reflexividad, fincada en la metateorización, perdería toda legitimidad y se convertiría en especulación vacía si se divorcia de la actividad de teorización que emana de la investigación, y esta última no tiene sentido alguno si no está fundada en la observación de la facticidad del mundo social *real*.” Por ello, entiendo la metateoría como un análisis teórico-práctico de segundo orden. Restringirla solamente a una dimensión teórica sería por una parte, ignorar lo que ocurre realmente en la mayor parte de la producción metateórica hoy y por otra, un suicidio en el plano teórico y sobre todo en el práctico.

Otra arista álgida del debate lo constituye el alcance del objeto de estudio de la metateoría, mientras algunos autores asumen una posición inclusiva que reconoce análisis tanto generales como específicos, otros excluyen la posibilidad de análisis metateóricos sobre una teoría puntual, la producción teórica de un autor determinado, o las teorías sobre cierto aspecto de la realidad. Aquí me adscribo a criterios inclusivos como los de Ritzer ([1997](#)) y Wallis ([2010](#)) quienes reconocen que el terreno de estudio de la metateoría puede ser desde una teoría, autor u objeto específico hasta un campo o dominio científico.





Por último, y no menos importante está la finalidad de la metateoría. Ante una actitud contemplativa o meramente descriptiva con que se ha tendido a encasillar a la metateoría, considero pertinente asumir una posición activa en pleno acuerdo con el señalamiento de Jonathan Turner (1990, p. 38) en cuanto a que “la metateoría es más una manera de producir mejor teoría que un fin en sí mismo” Aunque para nada es despreciable el valor descriptivo de una investigación, circunscribirse a las caracterizaciones o a la identificación de limitaciones, es un ejercicio incompleto o trunco de acuerdo al nivel de profundidad y esfuerzo que exige una investigación metateórica. Tampoco puede pasarse por alto que este tipo de estudios debe constituir una especie de examen de conciencia, en el cual se analizan las finalidades que persiguen los cuerpos analizados y en función de qué y de quiénes se ponen los resultados, con una intención profiláctica que controle los posibles efectos indeseables y dirija los resultados hacia propósitos emancipatorios y de mejoramiento social.

En este punto resulta totalmente válido asumir la posición del profesor mexicano Carlos Vidales (2013, p. 74), quien desde la conformación de una propuesta con objetivos similares refiere que la intención que persigue no es decir *cómo* es (descriptivo), y mucho menos *cómo debería ser* (normativo), sino *cómo podría ser* (propositivo) en el futuro, a partir del planteo de escenarios posibles y alternativos.

Teniendo en cuenta todo lo anterior y en aras de lograr una conceptualización operacional que relacione causalmente los elementos implicados en la misma, se entiende por metateoría **un análisis teórico-práctico de segundo orden sobre un dominio, campo u objeto de estudio determinado, que parte del análisis interno del cuerpo teórico y sus condiciones de producción con el objetivo de develar la consistencia y coherencia del mismo, las correspondencias y contradicciones entre sus diferentes niveles y sus componentes, las relaciones o posibles complementaciones con otros cuerpos teóricos y las características, condicionamientos y límites que le**



definen el contexto sociohistórico, cultural y académico en que fue generado; todo ello con una finalidad de fructificación heurística y de reflexividad ética y teleológica.

3. Tipos de metateorización

Según George Ritzer (1997, p. 587) hay tres variedades o tipos ideales de metateorización, definidas fundamentalmente por las diferencias que presentan los productos finales que se obtienen. Existe un primer tipo denominado “metateorización como medio para obtener una comprensión más profunda de la teoría” (*Metatheorizing–Understanding*) que además de dicho propósito implica la producción de una teoría mejor. Se ocupa del estudio de las teorías, los teóricos y las comunidades de teóricos, así como de los contextos sociales e intelectuales de estos.

Esta vertiente se asocia al enfoque deconstructivista del que habla Wallis y se compone por cuatro subtipos básicos: interno-intelectual, interno-social, externo-intelectual y externo-social, los cuales analizan las condiciones intelectuales y cognitivas internas de la teoría, los factores sociales e institucionales que la condicionan, la posibilidad de búsqueda en otras disciplinas académicas de ideas, herramientas, conceptos y teorías con las cuales se pudiera analizar o mejorar la teoría en cuestión, así como el análisis de la sociedad en su conjunto y la naturaleza de su influencia sobre la teorización.

El segundo tipo propuesto por Ritzer se denomina “metateorización como preludio al desarrollo de la teoría” (*Metatheorizing–Prelude*) e implica el estudio de las teorías existentes con la finalidad de producir una nueva y el tercer tipo “metateorización como fuente de las perspectivas que sostienen toda la teoría de un campo” (*Metatheorizing–Overarching*) conlleva un estudio transversal de toda la teoría con la intención de producir una perspectiva o metateoría que abarque una parte o todo el campo en cuestión. Estas dos variantes se relacionan con el enfoque integrativo del que habla Wallis, aunque como es evidente, llevan implícito una etapa de deconstrucción.





De las tres variantes la más practicada –por constituir un prelude de las dos restantes- y también la más urgente para el campo de la Comunicación es la primera de ellas, puesto que permite no solo una mejor comprensión y un uso más consciente de las teorías con que se trabaja –algo que no es frecuente en el campo donde como ya se ha visto predomina la exportación acrítica- sino también que constituye la base para realizar adecuaciones, transformaciones o exclusiones en función de los propósitos y condicionamientos conscientemente asumidos por el investigador y el proyecto al que se integra. No obstante, las otras dos variantes son igual de importantes, solo que resulta difícil llegar a ellas si antes, o al unísono, no se realiza la ardua labor que supone esta primera variante.

En la actualidad, la práctica metateórica constituye un reclamo impostergable no solo para la Comunicación y las Ciencias Sociales, sino también para la Ciencia en general. Siguiendo a Turner ([1990, p. 40](#)) pueden señalarse un grupo de ventajas y aportes que saltan a la vista como: evaluar la claridad y adecuación de conceptos, proposiciones y modelos; sugerir puntos de similitud, convergencia o divergencia con otras teorías; reunir estudios empíricos existentes para confirmar la plausibilidad de la teoría; sintetizar una teoría, o porciones de esta, con otras teorías; rescribir una teoría teniendo en cuenta consideraciones empíricas o conceptuales; formalizar una teoría de manera más precisa; formularla en un lenguaje más adecuado y; hacer deducciones de una teoría como una manera de facilitar su validación empírica

Pero existen un grupo de razones, aún más convincentes y que se tornan vitales por tres motivos fundamentales. El primero de índole científica, ya que este tipo de ejercicios son indispensables para el desarrollo, expansión y legitimación de un campo, sobre todo si este carece de una identidad inobjetablemente reconocida –como es el caso de la Comunicación-; y el segundo de índole práctica “para compensar con mayores síntesis la abundancia de análisis” ([Gómez, 2008](#)) existente en la actualidad y orientar la selección en la búsqueda de soluciones.





Como plantea Steven Wallis ([2010, p. 75](#)) “el desarrollo de metodologías rigurosas para desarrollar y testar la teoría y la metateoría, traerá un balance a las ciencias sociales, lo cual acelerará el avance de esta ciencia (...) Desarrollando una nueva metateoría, ganamos la habilidad de hacernos más efectivos en la aplicación de la teoría para la resolución de problemas sociales y el mejoramiento de la condición humana. Segundo, y muy relacionado, trabajando desde una perspectiva metateórica, obtenemos la oportunidad de comprender e integrar teorías más allá de los límites disciplinares”, algo vital para un dominio científico de naturaleza multidisciplinar como el de la Comunicación.

Y existe un tercer motivo, de índole axiológica que ya ha sido explicado y que se vuelve sumamente importante en una ciencia con un pasado y un presente tan dado a la instrumentalización como es el de la Comunicación, donde existen estrechos vínculos con la política y los intereses económicos, al punto de que “las necesidades institucionales se han fagocitado a las potencialidades intelectuales” ([Otero, 2010, p. 11](#)).

Con ese panorama la metateoría “bien puede ser la revisión crítica, teórica no sólo de ideas, sino también de acciones, de compromisos sociales, de opciones epistemológicas, sociales, políticas. La metateoría puede recuperar una historia vivida, encontrar su sentido, sus líneas de fuerzas y orientarla hacia la acción futura.” ([Zúñiga, 2002, pp. 41-42](#))

4. Operacionalización del análisis metateórico

Si la ambigüedad es un rasgo distintivo en las definiciones conceptuales de teoría y metateoría, no podía esperarse otra cosa en cuanto a su operacionalización. Por lo general, aquello que ofrece dificultades para ser llevado a las palabras, se torna mucho más esquivo a la hora de llevarlo a la práctica. La manera de metateorizar, la forma concreta de hacer metateoría, es un vivo ejemplo de ello.





Varios autores se han arriesgado a dar prescripciones sobre cómo generar teoría y por ende, a partir de la reversión del proceso, evaluar una teoría. La mayoría de dichas disposiciones constituyen lo que se conoce como el “método científico” de corte positivista y en ellas se encuentran ilustres nombres que van desde Galileo a Descartes, de Newton a Popper y decenas más.

¿Pero, cómo realizar un análisis metateórico? En el epígrafe anterior se dijo que la metateoría se entendía como un análisis teórico-práctico de segundo orden sobre un dominio, campo u objeto de estudio determinado, que parte del análisis interno del cuerpo teórico y sus condiciones de producción; lo cual ubica el terreno de estudio tanto a lo interno de la propia teoría, como en los espacios y condiciones en que se construye. Pero ello no define la cuestión metodológica de cómo generar metateoría, siguiendo qué pasos, con qué indicadores; un problema no resuelto del todo, al menos en el campo de las Ciencias Sociales, y que sin dudas contribuye al poco desarrollo de la práctica metateórica en el mismo.

Si bien algunos autores ofrecen sus propuestas, muchas de ellas redactadas en términos demasiado generales, otros investigadores se quedan en el plano de la retórica, describiendo el fenómeno pero sin dar las claves para abordarlo, lo cual lleva a pensar que en el terreno de la metateoría aún no existen –y quién sabe si deban existir- las soluciones prefabricadas con que se esperan resolver de un plumazo los problemas que se enfrentan, lo cual vuelve a darle la razón a Wright Mills (1969) y su reclamo por una artesanía intelectual o incita a tomar el consejo de que “cuando aplicamos un análisis metateórico, se sugiere que es pertinente desarrollar nuevos métodos de validación, aunque sin desconocer los enfoques existentes” (Wallis, 2010, p. 98)

Lo anterior lleva a apostar por la construcción de un diseño conceptual y metodológico que sea capaz de combinar propuestas anteriores con elementos novedosos, adaptados a las particularidades del objeto y las intenciones del estudio con la finalidad



de arribar a una comprensión más profunda de la teoría en cuestión y contribuir, por ende, a su fructificación y mejoramiento.

Existen ejemplos de investigaciones metateóricas que se concentran en el análisis de las categorías y conceptos constitutivos de una teoría en específico o aquellas que hacen referencia a determinado objeto de estudio (p.e. [Gómez, 2008](#)), mientras que otros autores optan por apoyarse en ideas generales presentes en cualquier tipo de reflexión.

Otro grupo de autores prefieren hablar de niveles epistémicos ([Sánchez Ruiz, 1992](#)), niveles de la teoría ([Anderson, 2009](#)), dimensiones ([Lor, 2010](#)), supuestos ([Sautu, Boniolo, Dalle, & Elbert, 2005](#)), áreas constitutivas ([Gándara, 2011](#)), cuestiones ([Corbetta, 2007](#)), pero siempre reconociendo la jerarquía y relaciones de interdependencia existentes entre ellos, así como los distintos elementos que los integran. Estos niveles –como se les denominará en lo adelante, para remarcar su carácter jerárquico e interdependiente- constituyen agrupaciones de tipos de ideas que se hallan presentes, implícita o explícitamente, en toda reflexión.

Aunque no existe un criterio consensuado, la mayoría de estos autores hacen referencia indistintamente –y en ocasiones con entendimientos diferentes- a niveles ontológico, sociológico, epistemológico, teleológico, axiológico, metodológico, ético, valorativo, ideológico, praxeológico, distinguiéndose cada propuesta por los niveles que utilizan para el análisis, así como por la amplitud y definición que hacen de cada uno de ellos y los indicadores que incluyen en los mismos. Como se ha dicho anteriormente, en este aspecto se arrastran las dificultades respecto a la claridad conceptual.

Para el presente trabajo se sugiere operacionalizar el análisis metateórico en cuatro niveles jerárquicos e interdependientes: ontológico, axiológico, epistemológico y metodológico. En cada uno de estos niveles se agrupan conjuntos de ideas relacionadas con la naturaleza de la realidad y el sujeto investigador, la proyección ética





y valorativa de la investigación, así como cuestiones relacionadas con el planteamiento teórico y estratégico de la investigación que subyacen y estructuran las maneras de ver y posicionarse ante la realidad de determinada teoría.

Esta decisión responde a un grupo de criterios básicos y necesidades de la investigación. En primer lugar porque estos cuatro niveles permiten una reflexión totalizante, abarcadora y sistémica del objeto de estudio tanto en su interior, como en su relación con el contexto en que se generó y desarrolla. Segundo; en estos cuatro niveles se incluyen todos los abarcados en las anteriores propuestas¹. Tercero; constituye una operacionalización más concreta y parsimoniosa. Cuarto; considera las interdependencias, jerarquías y contradicciones, superando con ello las dicotomías excluyentes típicas del pensamiento científico moderno y permitiendo una visión dialéctica que opere sobre una realidad entendida como totalidad concreta.

Profundizando más en esta operacionalización; cuando se habla de explicitar los posicionamientos que asume una teoría a nivel ontológico se refiere a aquellos relacionados con la realidad en la que se inscribe su objeto de estudio, es decir su naturaleza, sus elementos constituyentes, sus propiedades (causalidad, temporalidad, jerarquía de las relaciones), y también respecto al propio investigador como sujeto cognoscente. Mientras, que a nivel axiológico se tendrían en cuenta la influencia de los factores valorativos sobre la ciencia, el conocimiento y la actividad científica; así como la significación social de estos ([Fabelo, 2011](#)) y las posiciones asumidas por el investigador hacia la realidad y los resultados de su trabajo.

¹ No se ha decidido incluir de manera independiente un nivel sociológico que estudie las relaciones entre la ciencia, las instituciones científicas y la sociedad en general, porque estos son elementos que están presentes en y que configuran la totalidad de los niveles propuestos. De allí que -y en concordancia con el concepto de metateoría y el método histórico-dialéctico que asume esta investigación- no pueda entenderse las posiciones ontológicas, axiológicas, epistemológicas y metodológicas, si no es en estrecha correlación con los contextos sociohistóricos que las condicionan.





Al nivel epistemológico corresponden las cuestiones asociadas a los procesos lógicos de producción del conocimiento y las perspectivas y métodos teóricos que los rigen, la relación entre el sujeto y el objeto de estudio, la construcción de este último y su sistema categorial, las finalidades cognoscitivas que se persiguen, la articulación de las unidades aseverativas y otros elementos que tienen que ver con el proceso teórico de planeación y generación del conocimiento.

Por último el nivel, muy condicionado por los anteriores, se encargaría reflexivamente del estudio del conjunto de procedimientos para la producción de la evidencia empírica, es decir, la estructuración técnica, práctica y operacional de “un sistema coherente de acciones, pasos, vías e instrumentos para analizar el objeto de estudio” (Álvarez y Barreto, 2010, pp. 188-189).

De cualquier manera esta operacionalización responde fundamentalmente a necesidades metodológicas y no pretende exhibir una rigidez absoluta pues como señala Piergiorgio Corbetta (2007, p. 9) estas cuestiones se encuentran “relacionadas entre sí, no sólo porque las respuestas para cada una de ellas se influyen entre sí, sino también porque a veces es difícil distinguir los límites entre ellas”, por lo cual determinados aspectos ubicados en un nivel específico, vuelven a aparecer y a reproducirse recursivamente en otros.

Por otra parte, vale la pena aclarar que muchos de los cuerpos conceptuales que se utilizan en el campo Comunicológico, no alcanzan propiamente el rango de teorías ni tienen formulados explícitamente ni problematizados estas cuestiones de tipo ontológico, axiológico o epistemológico, pues su finalidad es puramente operativa, y no se proponen entender el mundo en estas dimensiones (Vidales, 2013). Por tanto, no se trata de someterlos a una crítica pidiéndoles que den algo para lo que no fueron creados, pues el resultado de tal empeño ya se conocería de antemano.

No obstante, el hecho de que no tengan formulaciones explícitas al respecto ni constituyan foco de su atención, no quiere decir que no asuman posicionamientos



relacionados con estos niveles, pues como plantea James A. Anderson ([2009, p. 44](#)) estas son tipos de ideas presentes en cualquier formulación teórica, e incluso yo diría que presentes también en toda acción práctica, algunas veces de manera consciente y las más, inconscientemente. De ahí que la intención de estos análisis sea precisamente explicitar dichos posicionamientos que se reflejan y tienen consecuencias en la práctica investigativa, determinar –si es posible- las fuentes de esos condicionamientos, sus repercusiones e identificar alternativas posicionales que permitan otros abordajes del objeto de estudio y contribuyan tanto a una mejor comprensión del mismo como a un aprovechamiento con finalidades emancipadoras de los resultados obtenidos.

5. Conclusiones

Como se ha visto, el campo de la Comunicación ha estado atravesado desde sus inicios por una serie de problemáticas relacionadas con las debilidades epistemológicas del mismo, la subordinación de los intereses académicos a los institucionales, el predominio hegemónico de la investigación gestada en los Estados Unidos y Europa, el carácter instrumental de las investigaciones por encima de su significación social, las consecuencias negativas de la reproducción acrítica del paradigma dominante de investigación, el alto grado de fragmentación del campo y otras que apuntaban a la ausencia de una práctica sistemática de la reflexividad al interior del mismo.

En este sentido los análisis metateóricos como estudios de segundo orden, se convierten más que en una promisorio herramienta de trabajo, en un necesidad no solo por lo que pueden contribuir a la legitimación y maduración del campo comunicológico; sino porque las propias características y evolución de los campos académico e investigativo de la Comunicación exigen de una práctica reflexiva constante que permita depurar y perfeccionar los cuerpos teóricos-metodológicos que se emplean para el estudio de los fenómenos de la realidad.

La propuesta de operacionalizar el análisis metateórico en cuatro niveles jerárquicos e interdependientes (ontológico, axiológico, epistemológico y metodológico) constituye





solo un postulado de base, una especie de provocación intelectual para seguir trabajando sobre todo en una mayor especificación y explicitación de los componentes al interior de cada nivel y las relaciones de ellos.

Avanzar en la construcción de una propuesta de esta tipo siempre implica un riesgo enorme por la complejidad de la tarea, las inevitables exclusiones y elecciones que conlleva y la pluralidad y diversidad de los objetos de estudio a los que será aplicada; pero magnitud de ese riesgo solo es comparable con la necesidad que de ella se tiene. Cualquier diseño al que se arribe debe ser consciente de sus opacidades y de su carácter transitorio y de progresiva superación, pero como señaló acertadamente Charles Wright Mills (1969), la investigación es un ejercicio de artesanía intelectual en el que se prefiere hacer con lo que se tiene, crear vías, rutas, instrumentos que estimulen el pensamiento y no dejar el terreno baldío a expensas de las intuiciones o las iniciativas festinadas.



6. Referencias

Ahumada, R. (2010). *Las lógicas de organización del conocimiento en el estudio de la comunicación*. México D.F, México: Universidad Autónoma de México/ Miguel Ángel Porrúa.

Anderson, J. A. (2009). Philosophical Approaches to Communication. In W. F. Eadie (Ed.), *21st Century Communication. A Reference Handbook* (Vol. 1, pp. 41-48). California, USA: SAGE Publications.

Barbero, J. M. (Ed.). (2009). *Entre saberes desechables, y saberes indispensables (agendas de país desde la comunicación)*. Bogotá, Colombia: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina.

Bunge, M. (1999). *Buscar la Filosofía en las Ciencias Sociales*. México, D.F., México: Siglo veintiuno editores.

Carey, J. W. (2009). *Communication as Culture. Essays on Media and Society* (revised ed.). New York, USA: Routledge.

Carrasco, Á., & Saperas, E. (2014). *Tendencias internacionales de la investigación en comunicación actual: modalidades de investigación, objetos de estudio y usos de la teoría en los papers de Journal of Communication (2008-2013)*. Paper presented at the IV Congreso Internacional de la Asociación Española de la Comunicación, Bilbao, España.

Castells, M. (2009). *Comunicación y poder* (M. Hernández Díaz, Trans.). Madrid: Alianza Editorial, S.A.

Corbetta, P. (2007). *Metodología y técnicas de investigación social* (M. Díaz Ugarte & S. Díaz Ugarte, Trans.). Madrid: McGraw-Hill/Interamericana de España.

Craig, R. T. (2008). Communication as a Field and Discipline. In W. Donsbach (Ed.), *The International Encyclopedia of Communication* (pp. 675-688). Oxford, UK: Blackwell Publishing.



Donsbach, W. (2006). The identity of Communication Research. *Journal of Communication*, 56(3), 437-448.

Fabelo, J. R. (2011). *Los valores y sus desafíos actuales*. La Habana, Cuba: Editorial José Martí.

Follari, R. A. (2005). La moldura en espejo: encrucijadas epistemológicas de las Ciencias de la Comunicación. Retrieved 28 de diciembre de 2013, from Portal de la Comunicación http://www.portalcomunicacion.com/both/aab/txt/follari_2.pdf

Fuentes Navarro, R. (1995). *La emergencia de un campo académico: continuidad utópica y estructuración científica de la investigación de la comunicación en México*. (Tesis Doctoral), Universidad de Guadalajara, Jalisco, México.

Galindo, J. (2003). Sobre comunicología y comunicometodología. Primera guía de apuntes sobre horizontes de lo posible. *Intexto*, (8). <http://www.intexto.ufrgs.br/n8/a-n8a1.html>

Galindo, J. (2008). Comunicología en construcción. Entre la Comunicología a posteriori y la Comunicología a priori. In J. Galindo (Ed.), *Comunicación, Ciencia e Historia. Fuentes científicas históricas hacia una Comunicología Posible* (pp. XXII-XXXVI). Madrid, España: McGraw Hill.

Galindo, J. (2009). Comunicología, Etnometodología y Comunicometodología. La Comunicación como acción y como representación reflexiva constructiva. *Razón y Palabra*, 14(67). <http://www.razonypalabra.org.mx/N/n67/actual/1jgalindo.html>

Gándara, M. (2011). *El análisis teórico en ciencias sociales: aplicación a una teoría del origen del estado en Mesoamérica*. Michoacán, Mexico: El Colegio de Michoacán.

Gómez, A. (2008). *Consideraciones metateóricas sobre la formación y la sujeción en el discurso teórico de la educación en México*. (Tesis Doctoral), Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, Hidalgo, México. Retrieved from http://www.uaeh.edu.mx/nuestro_alumnado/icshu/doctorado/documentos/Consideraciones%20metateoricas.pdf



Kant, I. (2005). *Crítica de la razón pura* (P. Ribas, Trans.). Madrid, España: Taurus.

Lamo, E. (2003). ¿Para qué la Ciencia Social? In S. Giner (Ed.), *Teoría Sociológica Moderna* (pp. 25-42). Barcelona, España: Editorial Ariel.

Lor, P. J. (2010). Preparing for research: metatheoretical considerations. In P. J. Lor (Ed.), *International and Comparative Librarianship. A Thematic Approach*. Retrieved from <http://pjlror.files.wordpress.com/2010/06/chapter-3-draft-2011-04-152>.

Martín-Lahera, Y. (2004). ¿Teoría o Metateoría? En el dominio usuario. *Ciencias de la Información*, 33(3), 50-60.

Martino, L. C. (2001). Elementos para una epistemología de la comunicación (R. Fuentes Navarro, Trans.). In M. I. Vassallo & R. Fuentes Navarro (Eds.), *Comunicación: campo y objeto de estudio. Perspectivas reflexivas latinoamericanas* (pp. 75-90). Guadalajara: ITESO/Universidad Autónoma de Aguascalientes/Universidad de Colima/Universidad de Guadalajara.

Moragas, M. (2010). Sobre las responsabilidades de la Teoría de la Comunicación. *Diálogos de la Comunicación*(80).

Otero, E. (2010). Las cuentas pendientes de la teoría de la comunicación. *Punto Cero*, 15(21), 7-15.

Peters, J. D. (1986). Institutional Sources of Intellectual Poverty in Communication Research. *Communication Research*, 13(4), 527-559. doi: 10.1177/009365086013004002

Pignuoli, S. (2013). *Reflexiones sobre la metateoría y los problemas metodológicos fundamentales de la teoría sociológica comparada*. Paper presented at the X Jornada de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Popper, K. R. (1980). *La lógica de la investigación científica* (V. Sánchez, Trans.). Madrid, España: Editorial Tecnos.

Rendón, M. Á., & Hernández, P. (2010). Sense-making: ¿metateoría, metodología o heurística? *Investigación Bibliotecológica*, 24(50), 61'81.



Ritzer, G. (1997). *Teoría Sociológica Contemporánea* (M. T. Casado, Trans. 3ra ed.). México D.F.: McGraw-Hill.

Rosental, M., & Iudin, P. (Eds.). (1981) *Diccionario Filosófico*. La Habana: Editora Política.

Sánchez Ruiz, E. E. (1992). *Medios de difusión y sociedad. Notas críticas y metodológicas*. Jalisco: Universidad de Guadalajara.

Sautu, R., Boniolo, P., Dalle, P., & Elbert, R. (2005). *Manual de metodología. Construcción del marco teórico, formulación de los objetivos y elección de la metodología*. Buenos Aires: CLACSO.

Tennis, J. T. (2008). Epistemology, Theory, and Methodology in Knowledge Organization: Toward a Classification, Metatheory, and Research Framework. *Knowledge Organization*, 35(2-3), 102-112.

Toledo-Nickels, U. (2008). El esquema metateórico de Ritzer desde la Metodología de los Programas de Investigación. *Cinta de Moebio*(33), 204-218.

Turner, J. (1990). The Misuse and Use of Metatheory. *Sociological Forum*, 5(1), 37-53.

Vassallo, M. I. (1999). La investigación de la comunicación: cuestiones epistemológicas, teóricas y metodológicas. *Diálogos de la Comunicación*(56), 12-27.

Vidales, C. (2013). *Comunicación, semiosis y sentido. El relativismo teórico en la investigación de la comunicación*. Salamanca, España: Comunicación Social Ediciones y Publicaciones.

Wallerstein, I. (2004). *Impensar las Ciencias Sociales* (S. Guardado, Trans. 4a ed.). México D.F., México: Siglo XXI Editores.

Wallis, S. E. (2010). Toward a Science of Metatheory. *Integral Review*, 6(3), 73-120.

Wright Mills, C. (1969). *La imaginación sociológica* (F. M. Torner, Trans.). La Habana: Edición Revolucionaria.



Zúñiga, R. (2002). Las resonancias prácticas de la metateoría en Psicología Social. In J. F. Morales, D. Páez, A. L. Kornblit & D. Asun (Eds.), *Psicología Social* (pp. 39-56). Buenos Aires, Argentina: Prentice-Hall.

